

DIA XXIX.

Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

HEROISMO DEL AMOR DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Los últimos momentos del trato de Jesus con los hombres redundan en tantos arcanos de caridad, que el discípulo amado al describirlos, se expresó diciendo que, *habiendo Jesus amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*¹. En lo que se nos enseña, que hubo en las últimas acciones del Redentor algo, que parece que excedía á cuanto habia hecho hasta entonces, y que medió algun portentoso de amor inefable, y mas sublime que todos los demás. Y en efecto, siendo infinito el amor de Jesus, y habiéndolo manifestado así en su Encarnacion y en su muerte afrentosa, parece que el Corazon divino se hubiera desahogado lo bastante, en mostrar al hombre su infinita caridad. Sin embargo, ¿quién pudiera pensarlo? El Corazon de Jesus aún no está satisfecho, queriendo llevar su amor al hombre á un grado, en el cual la misma Divinidad, que es infinita en sus operaciones, y no puede pasar de un grado de perfeccion á otro, por ser infinitamente perfecta, se diria que queria descubrir al hombre lo mas sublime y heróico de su amor.

¹ Joan. cap. 13. v. 1.

Conserva Jesus encerrado en su Corazon un designio, que va á ejecutar al separarse del trato de los hombres. ¡Oh, qué interés manifiesta en que todos crean con fe viva, que puede hacer lo que promete para bien de cada uno de los hombres!¹ ¡Cómo desea que se acerque el momento de ponerlo por obra!² ¡Qué solicitud tiene en que se preparen, no solo las almas, desterrando de ellas hasta las faltas ligeras, que se pegan por el contacto con el mundo³, sino tambien que se añadan la majestad y grandeza terrenas, para llevar á efecto la gran obra de la caridad divina! Jesus, que ha nacido en una choza y vivido sin hogar propio, dispone que se le prepare un cenáculo alfombrado, tapizado y adornado⁴; Jesus, que todo lo tiene presente, sin que le inquiete el porvenir, se prepara con gran aplicacion de ánimo, predice y anuncia una cosa extraordinaria, que ha escandalizado á los incrédulos⁵, y que han creído sus fieles discípulos, la cual es la invencion de su amor infinito, y el compendio de cuanto Jesus ejecuta, desde que tomó carne humana, hasta que subió á la diestra del Padre.

Pero, ¿cuál es esta invencion del amor divino? ¡Ah! Faltan palabras al hombre para explicarla: iba Jesus á sobrepujar todas las exigencias del amor heróico, muriendo por los hombres, pues habia dicho él mismo que *ninguno tiene mas amor que este, que es poner su vida por sus amigos*⁶: y como ningun hombre podia llamarse amigo de Dios, siendo como eran

¹ Joan. cap. 6. v. 45.

³ Joan. cap. 13. v. 8.

⁵ Joan. cap. 6. v. 62.

² Luc. cap. 22. v. 15.

⁴ Marc. cap. 14. v. 15.

⁶ Joan. cap. 15. v. 13.

todos enemigos suyos por la culpa ¹, Jesus, al dar su vida en la cruz, va mucho mas allá del heroismo del amor, *pues apenas hay quien muera por un justo, aunque alguno se atreva á morir por un bienhechor* ²; mas, aquí muere el amante por los que le odian, el bueno por los malos, el justo por los pecadores, el juez por los reos, y lo que es mas, el Criador por la criatura; y con tanto exceso de heroismo, todavía no están llenos todos los deseos del Corazon de Jesus.

Tiene Jesus que volver á su Padre, que lo habia enviado á redimir al mundo, debiendo ausentarse corporalmente de los hombres, despues de haber llenado su mision divina. Mas, ¡ay! Es tanto lo que los ama, y arde en su pecho tal llama de caridad, que determina permanecer con ellos hasta la consumacion de los siglos, llevando á cabo el gran pensamiento de su Corazon, de estar todo entero á la diestra del Padre, y todo entero con los hombres. ¡Ah! Si el tomar nuestra forma es un portento de amor, si el morir por nosotros pasa todas las leyes del heroismo, ¿qué diremos al ver lo que Jesus hace para quedarse entre los hombres, despues que con su muerte los ha hecho amigos de Dios y herederos de su gloria? O Dios de infinita caridad, aumentad nuestra fe, para creer firmemente en vuestras palabras, y saber apreciar dignamente esta dicha que nos concedéis de vivir entre nosotros, para que asistamos con humilde acatamiento al santo templo, donde os retiene el amor y el deseo de nuestra eterna felicidad.

¹ Rom. cap. 5. v. 10.

² Id. id. v. 7.

PUNTO SEGUNDO. Para que los hombres no dudasen de lo mucho que Jesus los amaba, y supiesen cuán sensible le sería el olvido de tanto como habia hecho por ellos, quiso conducirse al fin de su vida, como los demás hombres se conducen al separarse de los que aman, demostrándonos así que era verdadero hombre, y que tenia un Corazon como los nuestros, tierno y amoroso hácia los amigos: pero excediéndonos inmensamente, pues todos sus afectos eran infinitamente perfectos é infinitamente santos, como afectos de un Dios. Por lo que, así como al separarse los hombres entre sí, se dan mutuamente alguna prenda en memoria de su cariño, no quiso Jesus ausentarse del lado de los que amaba, sin cumplir con esta exigencia del amor, mas excediendo tambien infinitamente en esto á los demás hombres. *Tomad*, dice á sus Apóstoles, *al darles su cuerpo y su sangre, este es mi cuerpo, que es dado por vosotros: haced esto en memoria de mí* ¹.

Por mucho que se amen los hombres entre sí, una vez llegado el momento de la separacion, nada queda de ellos, que no sea con mas propiedad ficcion que realidad, pues no pueden dejar mas que semejanzas inanimadas, restos corruptibles, sombras mudas y figuras vanas. No acaece otro tanto al Corazon de Jesus, que ama y da, no como hombre, sino como Hombre-Dios, en quien no hay sombras, ni figuras, ni ficcion, siendo todo en Él claridad, verdad y realidad. Es Dios, y así como supera infinitamente nuestra ciencia ², vence tambien infinitamente nuestra generosidad, dándose á sí mismo al separarse de los hombres, pero sin division ni dimi-

¹ Luc. cap. 22. v. 19.

² Job. cap. 36. v. 26.

nucion, tal como es, Dios de Dios, Luz de Luz, unido al cuerpo y alma que tomó para salvarnos; y hacia Jesus todo esto, para que supiéramos que nos amaba de una manera propia de Dios; y nosotros podemos decir, que llega en realidad este acto al extremo de poderse llamar el mas heróico del amor divino hácia el hombre, pues es el límite de su infinito poder desplegado para la salvacion del mundo.

¡Oh, qué inefable es este extremo, á donde ha llegado el Corazon de Jesus! Si tan solo hubiera determinado quedarse realmente con los hombres hasta el fin del mundo, era ya un amor inconcebible, en el cual resplandecian la omnipotencia y la misericordia, pues, siendo inmortal y glorioso, queria habitar entre séres miserables; pero, aún ha ido mas lejos el amor de Jesucristo, queriendo quedarse real y verdaderamente entre los hombres, para darse á cada uno de ellos en comida y bebida, como gaje de vida eterna, prenda de resurreccion futura, y arra de inmortalidad; así, todos sin excepcion pueden unirse íntimamente á su objeto amado, abrazándose con él, internándose en la contemplacion de sus bellezas infinitas, y adorándolo con respeto y con afecto, como á su Dios y su hermano, como á su Redentor y su amigo.

¡Ah! ¿Qué entendimiento puede concebir tal grandeza de amor? Se retiraba Jesus al cielo, y para memoria de lo mucho que nos habia amado, teníamos el pesebre que santificó al nacer, las espinas enrojecidas con su sangre, los clavos convertidos en margaritas del cielo por el tacto de sus manos y piés, la cruz divinizada por haber pendido en ella su Cuerpo, los lienzos que cubrieron sus despojos sagrados, y el sepulcro que lo contuvó tres dias en

su seno. ¿No era esto bastante para acordarnos sin cesar, de que Dios nos amó con tanto exceso, que murió cubierto de oprobios y traspasado de dolor? ¿No teníamos donde llorar de gozo, al recordar que Dios niño habia dado vagidos entre las pajas de Belen, y que treinta y tres años mas tarde exhalara tristes gemidos por nuestro amor en un madero?

Debiera ser todo esto mas que suficiente para nosotros, si no fuéramos ingratos al Señor: lo hubiera sido tambien para el Corazon de Jesus, si nos hubiese amado como se aman los hombres entre sí: pues no pudiéndose ellos quedar con sus amigos, les dejan alguna prenda que les recuerde su amor; pero el amantísimo Jesus procedia en todo segun la majestad y grandeza propias de su oriundez divina, sin haber desmentido jamás aquella gloria con que apareció y *que vimos, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*¹. ¡O Dios mio, Dios mio! ¿Qué somos nosotros, pobres criaturas, para que nos mostreis tanto amor? Yo no veo en mí nada que pueda moveros á amarme, antes encuentro mucho que debiera excitar en vos una indignacion infinita: yo no veo en mí sino pecados, profanaciones, maldades, é ingraticudes á tanto amor. ¡Ay, Señor! No permitais, que ni aun levemente, falte yo al amor infinito, que me habeis mostrado al quedaros conmigo en este mundo, pues quiero emplearme todo entero en vuestro santo servicio.

¹ Joann. cap. 1. v. 14.

EJEMPLO.

Todos los justos han mirado con reverencia el lugar santificado con la presencia de Jesucristo, y estaban en el templo con un respeto profundísimo, unido á un afecto lleno de ternura. El glorioso San Pascual Bailon tenia tan afectuosa devocion al Santísimo Sacramento, que no podia entrar en la iglesia á asistir al santo sacrificio de la Misa, sin elevarse inmediatamente á la contemplacion del amor de Jesus, adorándolo entre celestiales deliquios. Y quiso Dios que este afecto del Santo se manifestase aun en su cuerpo inanimado, pues al hacerle las exequias despues de muerto, abrió y cerró los ojos por dos veces en el momento de la elevacion de la hostia consagrada, dejando llenos de admiracion á cuantos fueron testigos del prodigio.

PROPÓSITOS.

¡Ah! ¿Quién no teme un triste porvenir para el mundo, al ver el poco respeto con que están los cristianos de hoy dia en el templo santo? ¿Qué castigos no veríamos cada dia, por la indiferencia con que se mira la presencia de Jesucristo en el sagrado tabernáculo, y por las profanaciones incesantes de su templo, á donde van muchos á hacer ostentacion de un lujo desenfrenado, ó de un modo de vestir inmodesto, y hasta lúbrico y provocativo, y muchísimos á pasar el tiempo en conversacion, y aun quizás en otras cosas peores, si el mismo Jesucristo, á quien tanto ofendemos, no mostrase á su Padre su Corazon herido de amor por nosotros? ¡Ay! No sea-

mos de este número, prometiendo al Corazon de Jesus demostrarle nuestro agradecimiento al amor heróico que nos tiene, asistiendo con temor santo á la celebracion de los sagrados misterios, yendo al templo con modestia, y guardando en él silencio y compostura.

AFECTOS.

Entraré, ó Señor, en tu casa, adoraré en tu santo templo en temor santo de tu nombre. No soy digno, ó Jesus, de que entres en mi pobre morada, porque soy el mas ingrato de los pecadores: *mas dame la contricion del corazon, para poder ofrecerte aquel admirable y celestial sacrificio, digno de toda veneracion, que tú instituiste y ofreciste, ó Dios mio, sacerdote immaculado* ¹.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

DIA XXX.

Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

INMUTABILIDAD DEL AMOR DEL CORAZON DE JESUS.

Año 1902. M. M. S. de Cor. El sol que nunca para todo

PUNTO PRIMERO. Si la divinidad de Jesucristo no resplandeciese en cuanto dijo é hizo desde el portal de Belén hasta el Calvario, bastaria examinar lo que

¹ Div. Aug. Man. cap. 11.

hace en la última cena, para comprender que era Hijo de Dios; pues solo Dios podía idear un portento tan admirable, por ser infinitamente sabio; y solo cabia en un Corazon divino ejecutarlo, por ser Dios inmutable. No se trata tan solo de quedarse entre los hombres hasta el fin del mundo, para que no desaparezca de su memoria el gran cúmulo de maravillas que ha hecho para salvarlos, sino que quiere el Redentor ocultar toda su gloria y majestad bajo las apariencias de pan y vino, convirtiendo la sustancia de estos dos elementos materiales en su cuerpo y sangre, para que todo hombre lo reciba dentro de sí, y contraiga con él una union nueva, celestial y divina. Porque, si bien los ojos nada ven sino simples accidentes, Jesus, al dar el pan á sus discípulos, les dice que no es pan lo que van á tomar, sino su cuerpo, recibiendo con él la sangre, el alma, la segunda persona de la augusta Trinidad, la Divinidad, sus atributos, sus grandezas y sus virtudes.

No es Dios como el hombre, para que mienta, ni como el hijo del hombre, para que mude ¹: ni espera á que las criaturas sean buenas para amarlas, pues reciben de él la bondad: ni necesita, para poner en práctica los designios de su voluntad, de que nosotros correspondamos, *pues en él vivimos y nos movemos y existimos* ², siendo un don gratuito de su amor la gracia con que empezamos á amarlo, la que nos hace cooperar á su llamamiento, y la que nos asegura la corona con la perseverancia hasta el fin. Es la voluntad divina la causa eficiente de todas las obras de Dios, sin que influyan en su ejecucion las criaturas. Y si no fuera así, ¿cómo hubiera determinado el Hijo de

¹ Núm. cap. 23. v. 19.

² Actor. cap. 17. v. 28.

Dios vivir con los hombres hasta el dia último del mundo, convirtiéndose en alimento de sus almas? Era preciso nada menos que un Corazon divino, cuyos sentimientos son inmutables, para entregarse á todos y á cada uno de los hombres, y formar con ellos una union semejante; porque, si al tomar nuestra carne el Verbo divino, se unió por medio de su Madre á toda la naturaleza humana, al dar esta misma carne en comida, se une el mismo Verbo, aunque de una manera diferente, pero inefable, á todos los individuos del linaje humano, dando á la Encarnacion una especie de extension ilimitada.

¡Ah Corazon magnánimo, generoso y heroico de Jesus! Era purísimo el seno virginal de la Virgen Maria; pues concebida en gracia, y llena del Espíritu desde el primer instante de su existencia, no estuvo sujeta, ni por un momento, al dragon infernal, ni cometió en toda su vida la mas ligera falta: y sin embargo, fue la entrada del Hijo de Dios en su tálamo virginal una humillacion tan profunda, que el Apóstol la llama anonadamiento ¹. ¡Ah! ¿Cómo llamaremos esa humillacion, á que se sujeta este mismo Dios, al determinar entrar en el pecho de cuantos quieran recibirlo? Al llegar á este punto, humillemonos hasta lo mas hondo de nuestra bajeza, y confesemos que, así como solo Dios comprende la sublimidad de sus obras, solo él mismo puede apreciar dignamente sus humillaciones. Pero, entre tanto, contemplemos la constancia inmutable de amor de Jesus á los mortales.

Eran las delicias de la Sabiduría eterna estar con los hijos de los hombres ², y se complació en entrar

¹ Philip. cap. 2. v. 7.

² Prov. cap. 8. v. 31.

en el casto seno de la Virgen, para dejarse ver en la tierra y conversar con nosotros. ¿Podía desear estar mucho tiempo con ellos, cuando apenas nace, lo quieren degollar, y no bien ha empezado á enseñarles la verdad y darles la vida, ellos lo persiguen, y determinan condenarlo á muerte? O dulce Jesus, deseo de los collados eternos, pan de los escogidos, todo hermoso y deseable, si para quedarte en la tierra esperas á que sus moradores sean dignos, vuélvete á tu Padre, pues aquí no hallarás sino pecadores y desagradecidos: pero ya que solo tu amor te obliga á tanto heroísmo, sé tú mismo el que disponga en nosotros la morada para recibirte, dándonos un corazón contrito y humillado, un corazón desprendido de la tierra y encendido todo en tu amor.

PUNTO SEGUNDO. Nada demuestra con mas evidencia la inmutabilidad del amor del Corazón de Jesus, que las mismas circunstancias en que se encuentra, cuando va á ejecutar el gran portentoso de su caridad. Doce son los que van á ser partícipes de este favor inefable, número por cierto insignificante, comparado con la gran muchedumbre de turbas, á quienes ha sido prometido este convite, y que lo han despreciado. Hallándose rodeado Jesus de aquel pueblo, que al ver sus portentosas obras, quiso aclamarlo por Rey ¹, reconociendo en él al Profeta que esperaba, publicó solemnemente que era él el pan vivo, que descendió del cielo, *pan de Dios, que da vida al mundo* ²; dijo además, que quien lo tomara, viviria para siempre; que este pan era su propia carne, porque su carne era verdaderamente comida ³, y su sangre verdaderamente bebida, y que quien no la comiese

¹ Joan. cap. 6. v. 15.

² Id. v. 33.

³ Id. v. 35.

y bebiese, no tendria verdaderamente vida ⁴. Apenas ha anunciado Jesus tan fausta nueva, se siente por todas partes conmocion y murmullo de pueblo. ¿Quién es este, dicen unos, que se jacta de haber bajado del cielo, cuando nosotros conocemos á José su padre y á su madre? ⁵ *Duras son estas palabras*, murmuraban otros. *¿Quién tiene paciencia para oír las?* ⁶ Y diciendo y haciendo, se retiran sin querer creer en la promesa de aquel, que acababa de hartar á mas de cinco mil hombres con cinco panes, y á quien veían que obedecian las tempestades, la muerte y los espíritus malos. Llega la rebelion hasta sus mismos discípulos, pues muchos dejan ya de seguirlo ⁷, no queriendo humillarse á creer con Pedro y sus compañeros de apostolado, que las palabras de Jesus sean de vida eterna ⁸.

He ahí, pues, el amable Salvador sentado á la mesa con sus doce Apóstoles, cuyos pensamientos lee y cuyas acciones conoce: tienen fe en sus palabras, porque es su Padre quien los ha traído á su lado ⁹: mas de allí á poco lo abandonarán todos, y lo negará el principal de ellos: creen en él, pero hay uno, que es incrédulo desde el principio, reputando á su Maestro por un embaucador del vulgo ¹⁰, y pagándole odio por amor, desprecios por favores, y tratándolo indignamente, pues lo habia denostado en un convite, llevando á mal que un alma llena de fe y de caridad, se la demostrase derramando sobre su divina cabeza unguentos aromáticos ¹¹; y por fin este malvado está maquinando en secreto contra su

¹ Joan. cap. 6. v. 54.

² Id. v. 42.

³ Id. v. 61.

⁴ Joan. cap. 6. v. 67.

⁵ Id. v. 69.

⁶ Id. v. 44.

⁷ Div. Hieron. in Matth. cap. 26.

⁸ Joan. cap. 12. v. 6.

propia vida, que habia vendido con vilipendio ¹, comprometiéndose á ser jefe de los conjurados, y á dar principio á una escena de sangre, con el signo que expresa el cariño tierno y sincero, y la lealtad de corazon.

Todo esto ve Jesus, cuando va á tomar en sus benditas y venerables manos el pan y el vino, para convertirlos en su cuerpo y sangre, y darlo á sus discípulos: y aún ve mucho mas, pues no lejos del Cenáculo se están calculando y ordenando las disposiciones para prenderlo, y se aprestan soldados, satélites, ministros, magistrados y principales de la ciudad, para estar prontos, apenas comparezca el traidor, y les diga que llegó ya la hora. ¡Qué perspectiva tan triste y desconsoladora para el Corazon de Jesus! Pocos han creído en su palabra; y muchos se han conjurado contra él, porque hace bien á cuantos le piden gracias y favores ²: y esta perspectiva es el tipo de lo que pasará siempre en el mundo, pues serán pocos los que se humillen á creer en Jesucristo, y de estos habrá muchos, que serán tibios en observar sus preceptos, y cobardes en confesar su nombre; sin que falten tambien, quienes se conviertan en traidores, y, bramando contra él, se aunen en conjuracion para aniquilar su religion y destruir su imperio, si pudieran.

Nada se oculta al Salvador de cuanto malo, inicuo, perverso y sacrílego harán los hombres hasta el fin del mundo. ¡Será esto causa para que deje de llevar á efecto la obra mas heroica de su amor? ¡Ah! Su caridad es tan inmutable como infinita: así como caen gotas de agua en la tierra, cuando se desgajan

¹ Luc. cap. 22. v. 4.

² Joan. cap. 11. v. 47.

sobre ella las nubes, afluyen en el mundo los pecados, sin poder extinguir el fuego de amor hácia los hambres: y si estas gotas se convirtiesen al caer, en rios caudalosos, no serían aún bastantes para ahogar el ardor que abrasa al Corazon de Jesus, y que lo tiene como violento, hasta que no se dé todo entero á cada uno de los hombres ¹. ¡O Jesus mio! ¡Tú tan inmutable en amarme, y yo tan inconstante en servirte y en agradecerte tanta caridad! ¡Ay, mi Dios! Cáigame yo muerto ahora mismo, antes que tener parte con el traidor, ni con los incrédulos, ni con tus enemigós, ni con los tibios, ni con los cobardes: yo quiero vivir unido siempre en la misma fe y caridad que tenia Pedro, diciéndote con él: *Señor, ¿á quién iremos? Tus palabras son de vida eterna, y las creemos* ².

EJEMPLO.

Grande es el placer que tiene Jesucristo en venir á aposentarse en el corazon de aquellas almas que viven unidas á Él en caridad perfecta; y para hacérselo comprender, además de habérselo manifestado al darse á sus discípulos, y quedarse con nosotros en la sagrada Eucaristía, lo ha comprobado con prodigios, como lo declara, entre otros mil, el que hizo con Santa Juliana de Falconeri. Las muchas austeridades y abstinencias le habian ocasionado una enfermedad de estómago, que la impedía recibir la santa Comunion, siendo esta la única pena

¹ *Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam.* (Cantic. cap. 8. v. 7.)

² Joan. cap. 6. v. 70.

que la afligia. Mas deseando tener el consuelo de ver siquiera junto á sí á Jesucristo, rogó al sacerdote que la asistía en su última enfermedad, que la trajese el augusto Sacramento. Hízolo así el ministro, y, cumpliendo con los deseos de la Santa, tomó la hostia en sus manos y se la acercó al pecho para que la adorase. Pero, ¡ó prodigio! la Forma desapareció súbitamente, y al poco espiró la virgen: y habiendo sido lavado su cadáver para amortajarlo, se halló impresa en el lado izquierdo de su pecho la figura de la misma hostia con la imágen de Jesus crucificado. Tan grato como todo esto es para Jesus unir su Corazon con los corazones que lo aman.

PROPÓSITOS.

Jesucristo es todo amor y caridad, y debemos estar abrasados en su amor, cuando nos acercamos á recibirle en la Eucaristía. Nunca seremos dignos de recibir á un Dios. ¡Ay! ¿Qué criatura será digna de aposentar dentro de sí á su Criador? Pero ya que Él se digna unirse á nosotros, tendremos la conveniente disposicion, si detestamos las culpas despues de haberlas confesado con dolor, y deseamos crecer en el amor divino: y cuanto mayor sea nuestro dolor, y crezcamos mas en el amor de Dios, tanto mas nos dispondremos á recibirle dignamente.

AFFECTOS.

¡Oh, qué admirable es tu amor, Señor y Dios nuestro, pues quisiste incorporarnos á tu propio

Cuerpo de tal manera, que tuviéramos el corazon y el alma unida contigo inseparablemente! ¹ ¡Ah! Yo no quiero vivir sino para amarte. ¡O verdad eterna, caridad verdadera y eternidad amada! Tú eres mi Dios, y á ti suspiro dia y noche ².

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

DIA XXXI.

Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

INGRATITUD DE LOS HOMBRES AL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. La aparicion de Jesucristo en la Judea para anunciar la llegada del reino de Dios, se señaló con tantos y tan varios beneficios, que llenaron de asombro á todos sus habitantes, inspirán- doles al propio tiempo tanta confianza en aquel bien- hechor extraordinario, que todos, grandes y pe- queños, acudian á Él, buscando remedio para sus dolencias, y consuelo para sus desgracias. No tenia tiempo el Salvador ni para tomar alimento ³, ni po- dia entrar en una casa, porque se aglomeraban las turbas ⁴, y se veía precisado á detenerse en despo- blado; porque, apenas se sabia dónde estaba, se agolpaban las turbas de tal modo, que querian acer-

¹ S. Laurent. Justinian.

² Div. August. tib. 7. Confes. cap. 10.

³ Marc. cap. 3. v. 20.

⁴ Id. cap. 2. v. 2.